Una oscuridad por rellenar

Clàudia NT

Image not found.

Capítulo 1

UNA OSCURIDAD POR RELLENAR

Había una vez un gusano, pútrido y grosero. El gusano no tenía nombre. Vivía en una pequeña casita improvisada, dentro de otra casita mucho más grande. Su vivienda consistía en una vitrina llena de tierra que de tanto en tanto le iban vaciando, o llenando, a veces lo humedecían todo. En esas ocasiones el gusano tenía el placer de poder salir al exterior, lo cual no era buena idea.

Pero hablemos antes de su familia. La casita donde estaba su hogar la habitaba un grupo de gente que lo había acogido. Y pesé a ser un asqueroso gusano lo tenían allí expuesto, como una gran reliquia. De ese tipo que te regalan y estúpidamente no sabes dónde ponerlas porque no tienes espacio y tampoco quieres dárselo. Pero en este caso la casita del gusano sí que tenía un lugar. Estaba al lado de la chimenea, justo debajo de un horrible reloj de péndulo, herencia de una tatarabuela lejana. El reloj ni siquiera funcionaba, estaba roto de lo viejo que era, y las manecillas se veían siempre en la misma posición: las tres menos cuarto. Y debajo el gusano. La gente de la casa al pasar por esa zona se quedaba mirando el reloj durante unos segundos, con ese tipo de mirada mema que no ve, y luego dejaban caer la vista al gusano. Le sonreían, le decían cosas, le dejaban un poco de comida. Y el gusano iba haciendo.

Aquella gente le gustaba. La consideraba su familia: le habían proporcionado un hogar y lo cuidaban. Siempre lo habían tratado bien, no tenía ningún reproche. Con el paso del tiempo, el gusano había aprendido a identificar los roles de cada uno, y los quería a todos por igual. En ocasiones alguno de los miembros de aquella sociedad lo sacaba de debajo del reloj y se lo llevaba a otra estancia. Entonces le daban la cháchara y le contaban sus penas. Y el gusano se quedaba ahí, escuchando aquellas historias tan deprimentes. Cuando terminaban con sus lloreras lo devolvían a su lugar. Y así pasaba el tiempo.

Pero había algo que aquella gente no sabía. Era absurdo pensar en ello, directamente es que no era posible. No se contemplaba dentro de sus estúpidas y enlosadas cabezas. ¿Cómo podía ser?

Y es que de tantas salidas que había hecho, el gusano había creado un don. El muy seboso había desarrollado la habilidad de comer todo aquello que se le planteara por delante. Nunca había supuesto un problema, ya que realmente no se había planteado como tal. Puede que incluso el mismo gusano fuese inconsciente de ello. Todo comenzó devorando la tierra en que habitaba. Hacía pequeños pasadizos entrelazados, parecía

como si el gusano se deslizase sobre cuchillas por una dura superficie cristalina. Comenzó así a matar el tiempo. Al principio era bello. Más adelante profundizó y fue capaz de crear túneles enormes, como un largo mapa. Nadie se percató de esto. Y como lo ignoraban no pusieron remedio.

Al gusano empezaba a sonarle la barriga. No le bastaban las sonrisas ni las caricias, ni la comida que le lanzaban. Era desesperante. Muchas veces cuando se lo llevaban de su sitio de debajo del reloj y le contaban largas historias desgraciadas, el gusano volvía todavía con más hambre. Luego, como si nada, volvían a acariciarlo, a hacerle bromas, le daban montones de buena comida. Pero aquello no le curaba el vacío. Era incomprensible hasta para el mismo gusano. Y cada vez iba a más. Y al sacarlo de su sitio de debajo del reloj empeoraba. Y durante una temporada vivió hambriento, tendiéndolo todo.

Hasta que un día no fue capaz de soportarlo más y salió de su jaula. Comenzó devorando los barrotes, el estúpido reloj roto, luego las fotos familiares. Empezaba a no quedar nada. Ya era demasiado tarde. Pero al ser de noche la familia dormía, como siempre. No se dieron cuenta.

El gusano siguió vagando por la casa, destruyéndolo todo. A veces se detenía. ¡Aquello era estúpido! El gusano no tenía hambre, no había necesidad de seguir engullendo. Pero como tenía aquél don podía hacerlo. Así que devoró primero al padre, luego la madre, la abuela y la niña. Y se comió la casa entera.